MADRE DE DIOS Y NUESTRA-V

RESURRECCION

¿Podemos demostrar históricamente la Resurrección de Cristo o simplemente debemos creerla por fe?

*L*a Resurrección de Cristo es un hecho de fe

y también un acontecimiento histórico comprobable, nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica (Catecismo de la Iglesia Católica #647). La Resurrección de Cristo “fue un acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los Apóstoles con Cristo resucitado”. Sin embargo, la Resurrección también es “centro que trasciende y sobrepasa a la historia”.

La Resurrección de Cristo es un hecho demasiado importante como para quedar referido sólo como un acontecimiento histórico. En la Resurrección de

Cristo está el centro de nuestra fe, porque *"si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe" (1 Co. 15, 14),* nos advierte San Pablo.

La Resurrección constituye ante todo la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó. Todas las verdades, incluso las más difíciles de comprender por el ser humano, encuentran su comprobación porque Cristo, al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad como Dios (cf. Catecismo de la Iglesia Católica #651).

Pero, además, la Resurrección de Cristo, es comprobable históricamente. Los discípulos han

atestiguado que verdaderamente se encontraron y estuvieron con Cristo resucitado. El sepulcro vacío y las vendas en el suelo *(cf. Jn. 20, 6)* significan por sí mismas que el cuerpo de Cristo ha escapado de la muerte y de la corrupción del cuerpo, consecuencia de la muerte (cf. Catecismo de la Iglesia Católica #657).

El primer elemento que se encuentra sobre la Resurrección de Cristo es el sepulcro vacío, lo cual no es realmente una prueba directa. De hecho la ausencia del cuerpo podría explicarse de otro modo. María Magdalena creyó que *"se habían llevado a su Señor" (Jn. 20, 13)*. Las autoridades,

al ser informados por los soldados de lo sucedido los sobornaron para que dijeran que *"mientras dormían, vinieron de noche los discípulos y robaron el cuerpo de Jesús" (Mt. 28, 11-15).*

Sin embargo, el hecho es que las mujeres, luego Pedro y Juan, encontraron el sepulcro vacío y las vendas en el suelo. Y San Juan nos dice en su Evangelio que él *"vio y creyó" (Jn. 20, 8).* Esto supone que, al constatar el sepulcro vacío, supo que eso no podía ser obra humana y creyó lo que Jesús les había anunciado. Además, intuyó que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como había sido

el caso de Lázaro *(cf. Jn. 11, 44)*.

Las apariciones de Jesús Resucitado a tantos, comenzaron por las mujeres que iban a embalsamar el cuerpo de Jesús *(cf. Mc. 16, 1; Lc. 24, 1)* y que, por instrucciones del Resucitado fueron las mensajeras de la noticia a los Apóstoles *(cf. Lc. 24, 9-10)*. Esta noticia fue confirmada por la aparición de Cristo, primero a Pedro, después a los demás Apóstoles. Y es por el testimonio de Pedro que la comunidad de seguidores de Cristo exclama: *"¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a*

Simón" (Lc. 24, 34).

Ante éstos y muchos otros testimonios de apariciones del Resucitado, es imposible no reconocer la Resurrección de Cristo como un hecho histórico.

Pero, además, sabemos por los hechos narrados que la fe de los discípulos fue sometida a la durísima prueba de la pasión y de la muerte en cruz de Jesús. Fue tal la impresión de esa muerte tan vergonzosa que -por lo menos algunos de ellos- no creyeron tan pronto en la noticia de la Resurrección.

Tengamos en cuenta que los Evangelios no nos muestran a un grupo de cristianos

entusiasmados porque Cristo iba a resucitar o siquiera porque había resucitado. Muy por el contrario, nos presentan a unos discípulos abatidos, confundidos y asustados. Por eso no le creyeron a las mujeres y *"las palabras de ellas les parecieron puros cuentos" (Lc. 24, 11).*

Tan imposible les parece el más grande milagro de Cristo, su propia Resurrección, que incluso al verlo resucitado, todavía dudan *(cf. Lc. 24, 38)*, creen ver un espíritu *(Lc. 24, 39).* Tomás ni siquiera acepta el testimonio de los otros diez *(cf. Jn. 20, 24-27).* El escepticismo era tal, que en su última

aparición en Galilea, en su despedida, algunos seguían dudando, según nos dice el mismo Mateo, uno de los doce *(cf. Mt. 28, 27)*.

Por lo tanto, la hipótesis según la cual la Resurrección de Cristo habría sido producto de la fe o de la credulidad de los Apóstoles no tiene asidero.

Toda esta argumentación es basada en el Catecismo de la Iglesia Católica # 639 a #647 y #656 y 657).

home Top

¿Qué es resucitar?

En la muerte, que es la separación del alma y el cuerpo, el cuerpo humano cae en la

corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, y queda en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible, uniéndolos a nuestras almas. Esto, en virtud de la Resurrección de Jesús (cf. Catecismo de la Iglesia Católica #997).

Este dogma central de nuestra fe cristiana no sólo nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, sino que la esperanza de nuestra resurrección y futura inmortalidad se encuentran en textos bíblicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

¿Cómo?

"Ciertamente el 'cómo'", nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica, "sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento; no es accesible más que en la fe" (Catecismo de la Iglesia Católica #1000).

Cristo resucitó con su propio cuerpo: *"Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo" (Lc.24, 39)*. Pero El no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en El todos resucitarán con su propio cuerpo, el que tienen ahora, pero este cuerpo será *"transfigurado en cuerpo de gloria" (Flp.3, 21), "en cuerpo espiritual" (1 Cor.15,*

44) (CIC #999).

La resurrección tendrá lugar en un instante. *"Yo quiero enseñarles este misterio: aunque no todos muramos, todos tendremos que ser transformados, en un instante, cuando toque la trompeta (Ustedes han oído de la Trompeta que anuncia el Fin). Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos se levantarán, y serán incorruptibles" (1a. Cor. 15, 51-52).*

¿Quiénes resucitarán?

Todos los hombres que han muerto (Catecismo de la Iglesia Católica #998). Unos para la condenación y

otros para la salvación.

Es decir, todos resucitaremos: salvados y condenados. Unos para una resurrección de gloria y de felicidad eternas. Otros para una resurrección de condenación e infelicidad eternas.

¿Cuándo?

Sin duda en el *"último día" (Jn.6, 54 y 11, 25); "al fin del mundo" (LG 48)*. En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente ligada a la Parusía o Segunda Venida de Cristo: *"Cuando se dé la señal por la voz del Arcángel, el propio Señor bajará del Cielo, al son de la trompeta divina. Los que*

murieron en Cristo resucitarán en primer lugar" (1Ts. 4, 16) (#1001). Y continúa San Pablo: *"Después nosotros, los vivos, los que todavía estemos, nos reuniremos con ellos llevados en las nubes al encuentro del Señor, allá arriba. Y para siempre estaremos en el Señor" (1Ts. 4, 17).*

San Pablo nos habla de los que han muerto y han sido salvados. También nos habla de los que estén vivos para el momento de la Segunda Venida de Cristo. Pero es San Juan quien completa lo que sucederá con los que no han muerto en Cristo: *"No se asombren de esto: llega la hora en que todos los que están*

en los sepulcros oirán mi voz. Los que hicieron el bien saldrán y resucitarán para la vida; pero los que obraron el mal resucitarán para la condenación" (Jn. 5, 28-29).

Resumiendo: En la Resurrección de Jesucristo está el centro de nuestra fe cristiana y de nuestra salvación, ya que si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe *(1Cor.15, 14)* ... y también nuestra esperanza. Pero sabemos que Jesucristo no sólo ha resucitado, sino que nos ha prometido resucitarnos también a nosotros.

home top

¿Re-encarnacion o

inmortalidad?

Un tema muy en boga que se nos está introduciendo de manera muy profusa a través de todos los medios de comunicación social es la re-encarnación. Sin embargo, la re-encarnación es un mito, un error, una herejía, un embuste; como diría San Pablo: *"una patraña"*.

Debemos los cristianos descartarla de las creencias que solemos tomar de fuentes no cristianas, y que vienen a contaminar nuestra Fe. Porque cuando comenzamos creyendo que es posible, deseable, conveniente o agradable re-encarnar, ya estamos negando la resurrección. Y nuestra

esperanza está en resucitar con Cristo, como El nos lo ha prometido ... no en re-encarnar.

La re-encarnación niega muchas cosas, parece muy atractiva esta falsa creencia, este mito. Sin embargo, si en realidad lo pensamos bien ... ¿cómo va a ser atractivo volver a nacer en un cuerpo igual al que ahora tenemos, decadente y mortal, que se daña y que se enferma, que se envejece y que sufre ... pero que además tampoco es el mío?

Aun partiendo de una premisa falsa, suponiendo que la re-encarnación fuera posible, si no fuera un

mito, *una patraña*, ¿cómo podemos los hombres, pero sobre todo los cristianos que tenemos la seguridad y la promesa del Señor de nuestra futura resurrección, pensar que es más atractivo re-encarnar, por ejemplo, en un artista de cine, o en un millonario, o en una reina ... que resucitar en cuerpos gloriosos?

Tenemos que tener claro los cristianos que la re-encarnación está negada en la Biblia. En el Antiguo Testamento: *"**Una sola** es la entrada a la vida y una la salida" (Sabiduría 7, 6).* San Pablo en su Carta a los Hebreos dice: *"**Los hombres mueren una sola vez y después viene***

para ellos el juicio*: los que hicieron bien saldrán y resucitarán para la vida, pero los que obraron mal resucitarán para la condenación" (Hebreos 9,27).*

Pero, además, ¿no nos damos cuenta de lo que recitamos en el Credo todos los domingos? **Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna.** (Credo de los Apóstoles). **Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.** (Credo de Nicea).

La visión realista de la muerte se expresa clarísimamente en la Liturgia de Difuntos de la Iglesia: *La vida de los que en Tí creemos,*

Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo.

Cuando haya tenido fin "el único curso de nuestra vida terrena" (LG 48), ya no volveremos a otras vidas terrenas. *"Está establecido que los hombres mueren una sola vez" (Hb. 9,27)*. **No hay "re-encarnación" después de la muerte.** Así lo dice textualmente el Catecismo de la Iglesia Católica (#1013).

Por la muerte el alma se separa del cuerpo, pero en la resurrección Dios devolverá la vida incorruptible a nuestro cuerpo transformado,

reuniéndolo con nuestra alma. Así como Cristo ha resucitado y vive para siempre, todos nosotros resucitaremos el último día. (Catecismo de la Iglesia Católica #1016).

La doctrina de la Iglesia Católica sobre la muerte y la resurrección, sobre **nuestra futura inmortalidad** es clara ... muy clara. Pero, si la enseñanza de la Iglesia no nos bastara, ¿cómo podemos considerar más atractivo re-encarnar en otro cuerpo terrenal, decadente, enfermable, envejecible y que volverá a morir, que resucitar en un cuerpo glorioso como el de Jesucristo?

¿Cómo serán nuestros cuerpos resucitados?

La Resurrección de Cristo nos anuncia nuestra propia resurrección. Su Resurrección nos anuncia **nuestra futura inmortalidad.** Y esto es así, porque Jesucristo nos lo ha prometido: si hemos obrado bien, saldremos a una Resurrección de Vida *(cfr. Juan 5, 28-29).*

Para tener una idea de cómo serán nuestros cuerpos resucitados, veamos primero cómo es el cuerpo glorioso de Jesucristo. Cristo resucitó con su propio cuerpo, pero una vez

resucitado, no volvió a una vida terrenal, como la que había vivido en la tierra. Así también nosotros resucitaremos con nuestro propio cuerpo, el mismo que ahora tenemos, pero, como hemos dicho, nuestro cuerpo será *"transfigurado en cuerpo de gloria" (Flp.3,21), "en cuerpo espiritual" (1 Cor.15,44)* (cfr. CIC #999).

El cuerpo glorioso de Jesucristo era ¡tan bello! que no lo reconocían los Apóstoles ... tampoco lo reconoció María Magdalena. Y cuando el Señor se transfigura ante Pedro, Santiago y Juan en el Monte Tabor, mostrándoles todo el fulgor de Su Gloria era

¡tan bello lo que veían! ¡tan agradable lo que sentían! que Pedro le propuso al Señor hacerse tres tiendas para quedarse a vivir allí mismo. Así es un cuerpo glorioso.

Conocemos de otro cuerpo glorioso: el de la Madre de Dios, que fue subida al Cielo en cuerpo y alma. Los videntes que dicen haber visto a la Santísima Virgen -y la ven en cuerpo glorioso, como es Ella después de haber sido elevada al Cielo- se quedan extasiados y no pueden describir, ni lo que sienten, ni la belleza y la maravilla que ven. Así es un cuerpo glorioso.

Si comparáramos nuestros cuerpos

resucitados con nuestros cuerpos actuales, los futuros tendrán cualidades propias de los cuerpos espirituales, como por ejemplo, la capacidad de transportarse instantáneamente de un sitio a otro y de penetrar cualquier sustancia material. Más importante aún, ya no se corromperán, ni se enfermarán, ni se envejecerán, ni se dañarán, ni sufrirán nunca más. Pero, por encima de todo esto, brillarán con gloria, como el de Jesucristo el Señor y el de su Santísima Madre.

San Pablo tuvo que ocuparse de este tema al escribirle a los Corintios:

“Algunos dirán: ¿cómo resucitan los muertos?, ¿con qué tipo de cuerpo salen? ... Al enterrarse es un cuerpo que se pudre; al resucitar será tal que no puede morir. Al enterrarse es cosa despreciable; al resucitar será glorioso. Lo enterraron inerte, pero resucitará lleno de vigor. Se entierra un cuerpo terrenal, y resucitará espiritual ... Adán por ser terrenal es modelo de los cuerpos terrenales; Cristo que viene del Cielo, es modelo de los celestiales. Y así como nos parecemos ahora al hombre terrenal, al resucitar llevaremos la semejanza del hombre celestial ... cuando nuestro ser mortal se

revista de inmortalidad y nuestro ser corruptible se revista de incorruptibilidad" (1a.Cor 15, 35-58

CON AFECTO, FELIPE SANTOS, SDB
MÁLAGA-JUNIO

Acogida del Señor resucitado

Asociada de manera única al sacrificio de la cruz en cuanto Corredentora, María estuvo íntimamente unida al triunfo de su Hijo resucitado.

Para los Apóstoles, el drama de la cruz es desgarrador. En el momento del arresto de Jesús, todos huyeron. Después, siguieron el desarrollo de los acontecimientos y el proceso que puso fin a la condena pronunciada por Pilatos. Vieron a Jesús sufrir y morir en la cruz. La muerte del

Maestro, en un suplicio vergonzoso, fue una catástrofe para los discípulos que

Creyeron en él y colocado en él todas las esperanzas de un reino mesiánico. La sepultura del cuerpo, aprisa, en un sepulcro improvisado, parecía poner fin, definitivamente, a la aventura de la misión evangélica.

Para **María**, la prueba fue muy dolorosa. Pero la narración evangélica nos deja pensar que la madre del crucificado reaccionó con valor al acontecimiento catastrófico que le afectaba en su seno materno: María **"estaba de pie junto a la cruz ".**» Estaba de pie en medio de la cólera de los hombres y no se dejaba abatir por el dolor.

Su presencia muy cercana de la cruz mostraba su deseo de compartir todos los sufrimientos con su Hijo y participar así con su misión salvadora.

La muerte de Jesús no hizo flaquear ni la fe ni la esperanza de María. Varias veces, **Jesús había anunciado que el tercer día de su muerte, el Hijo del hombre resucitaría**. Numerosos eran los que habían entendido estas palabras pero los apóstoles no habían comprendido el sentido y las mujeres que rodeaban a Jesús los habían olvidado. María era la única que había acogido con fe la predicción y tras su muerte esperaba **la misteriosa resurrección**

del Hijo del hombre. Era la única que vivía en la esperanza.

Fue la esperanza la que abrió su corazón a la venida de su Hijo, el tercer día. Jesús, que resucitado**, se apareció a las mujeres antes de aparecerse a sus discípulos**, se mostró primero a su madre respondiendo así a su fe y a su esperanza. Transformó su corazón de madre lleno de dolor en un corazón pleno de alegría.

Es verdad que los evangelios no nos cuentan esta aparición de Cristo resucitado a su madre. Cuentan algunas apariciones a las mujeres, después a los discípulos. Podemos comprender que los evangelistas no eran muy favorables a contar una aparición de Jesús a su madre que, en

cuanto madre, su testimonio podía considerarse como demasiado

sensible al honor de su Hijo y por tanto menos capaz de convencer. Las narraciones de las otras apariciones estaban destinadas a reforzar la fe como efecto de la resurrección.

En sí mismo el testimonio de María tenía un valor inestimable pero no se utilizó en la catequesis evangélica. Sin embargo, debemos observar que en las narraciones evangélicas de las apariciones de Cristo resucitado, encontramos un índice que prueba que María fue la primera en ver a su Hijo, la mañana de resurrección.

Aquella mañana, varias mujeres van al sepulcro. Quieren completar con aromas la

unción del cuerpo de Cristo que no pudo concluirse

Cuando se colocó en la tumba; deseaban también encontrar alguna huella de la presencia de Cristo. Estas mujeres son **María Magdalena, María madre de Santiago y Salomé** (Marc 16, 1); María, la madre de Jesús, no es pues citada entre estas mujeres.

Esta ausencia hace reflexionar. Parece que lógicamente hubiera debido ser una de las primeras mujeres en visitar la tumba. Si no está entre estas mujeres, es un signo de que esta visita sería inútil, porque en aquel momento, «al salir el sol», María ha había visto a su Hijo.

El índice se confirma por el hecho que en sus apariciones de resucitado, Jesús se muestra en primer lugar

A todos los que en el momento de la Pasión, le habían manifestado fidelidad. María había sido la que por excelencia había mostrado una fidelidad absoluta. Se quedó de pie al pie de la cruz porque, en respuesta a todos los que manifestaban hostilidad, ella quería ofrecer a su Hijo todo su amor. Frente a los que insultaban al Señor crucificado, ella se quedó unida a sus sufrimientos.

Fue la primera en creer en su Hijo, y en la prueba, creía en él más que nunca. En la cercanía de su muerte, mantenía toda su esperanza, esperando el cumplimiento de la profecía de la resurrección del Hijo del hombre, al tercer día.

La resurrección de Cristo nos concierne, porque nos libera del pecado y de la muerte.

El don de la primera aparición de Cristo resucitado estaba plenamente justificado.

La madre que había participado con todo su corazón en la Pasión de Jesús fue la primera en acoger al Redentor glorioso.

Alegría de la resurrección

La alegría sentida por María con motivo del primer encuentro con su Hijo resucitado fue una alegría destinada a durar. No fue la primera vez que María recibía de lo alto una invitación a la alegría. La primera palabra del ángel, en el momento de la Anunciación, fue: "Alégrate ". Era el signo que el mensaje aportado por el ángel tenía como fin esencial la felicidad de la humanidad. La invitación a la alegría fue la primera palabra destinada a los hombres.

María fue invitada a alegrarse con los pueblos y, de modo más general, por todos los esperaban la salvación.

Más particularmente, se trataba de una invitación a la alegría por la venida del rey mesiánico, venida que debía cumplirse con el consentimiento de María a la propuesta de la maternidad. Antes de dar su consentimiento, María fue exhortada a alegrarse porque debía entrar con una alegría personal en su designio divino. La alegría debía responder a una voluntad divina plena de benevolencia y ofrecer su concurso a la más amplia difusión de un programa de salvación.

La alegría pedida por el ángel estaba orientada hacia un futuro misterioso.

El mensaje consistía en una gran promesa que tenía la garantía de la ayuda del Padre todopoderoso para su cumplimiento. La futura madre era invitada a alegarse ante el nacimiento del hijo. Pero las palabras siguientes del ángel daban la certeza de este nacimiento así como todas las promesas ligadas al que debía llamarse Jesús: **"Dios salva"**. ». Todas las perspectivas del mensaje de la Anunciación confirmaban la realidad abundante de la alegría presta a invadir los corazones de los hombres.

Como esta alegría estaba completamente desplegada hacia un futuro espléndido, ella puede definirse como la alegría de la esperanza.

La invitación « Alégrate » quería hacer nacer una gran esperanza. María, que, hasta ese momento había vivido con la esperanza judía, veía abrirse en ella una nueva esperanza que prometía una felicidad muy grande. Todos los términos empleados en el mensaje para anunciar el destino del niño mesiánico contribuyen a aportar un fundamento más profundo a la invitación a la alegría, alegría de una esperanza que no podía decepcionar.

Esta alegría inicial estaba destinada a crecer; encuentra un desarrollo sucesivo en el cumplimiento de la misión salvadora de Jesús y la plenitud en el acontecimiento de la resurrección.

Por este acontecimiento de una importancia suprema, María recibe una nueva invitación a la alegría: no se trata ya de una alegría para el proyecto de salvación ligado al futuro nacimiento del niño Jesús, sino de la alegría que nace de la nueva vida de la resurrección. El proyecto se ha cumplido plenamente; el que 30 años antes, había gozado de su madre por su nacimiento, renace a una nueva existencia celeste.

La invitación a la alegría no viene ya de un ángel sino de Cristo mismo, el triunfador, que se muestra a su madre para permitirle acceder a la felicidad definitiva. Ya en la víspera del drama de la cruz, había anunciado al mismo tiempo que el dolor

inminente, la alegría que debía seguir la prueba. Había asegurado que no habría sino tristeza: *"En verdad os lo digo, lloraréis y os lamentaréis….estaréis en la tristeza, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría….Estáis ahora en la tristeza; pero volveré a veros, y vuestro corazón se alegrará ,y nadie os la arrebatará"* (Jn 16, 20.22).

Era la alegría prometida a los discípulos para ayudarles a superar la prueba. Podemos observar que Jesús pensaba más particularmente en su madre cuando anunciaba este pasaje de la tristeza en alegría en el drama de la redención. No es por casualidad que se sirve de la imagen del parto.

"La mujer, cuando da a luz, experimenta dolor porque ha llegado su hora; pero cuando ha dado luz al hijo, no se acuerda del sufrimiento, a causa de la alegría de haber traído un hijo al mundo" (Jn 16, 21).

María tuvo, con ocasión de su maternidad, la experiencia de los dolores del parto pero esta experiencia comportaba sobre todo el paso del dolor a la alegría, que adquirió todo su valor en el paso de la muerte a la resurrección. La alegría de la madre debía corresponder al nacimiento de una nueva humanidad.

La nueva vida

Con la resurrección, una nueva vida se ha desarrollado en la comunidad fundada por Cristo.

Las apariciones de Jesús resucitado trastornaron a los discípulos y creado una nueva mentalidad. Las narraciones evangélicas cuentan principalmente la transformación de los corazones obrada por el Señor salido de la tumba. Vemos cómo María Magdalena, muy entristecida porque pensaba que alguien había robado el cuerpo de Jesús, se abre a la alegría cuando reconoce al Maestro vivo.

Los discípulos de Emaús sienten su corazón arder cuando Jesús les explica el plan divino revelado en la Escritura. Para los apóstoles, la alegría de ver y tocar al resucitado es tan intenso que no pueden creer lo que constatan:

"Por la gran alegría no creían todavía y estaban estupefactos" (Luc 24, 41).

Esta transformación de los corazones comenzó por la transformación del corazón de María. La que había participado en la ofrenda del sacrificio participó de la manera más completa en el triunfo pascual y quiso participar de la alegría de la resurrección con todos.

La piedad cristiana comprendió profundamente el drama que se desarrolló con la pasión de Cristo en el corazón maternal de María: « la Piedad »es el signo. En comunión con la Afligida,, los fieles desean vivir esta pasión, conscientes de que María es el modelo de todos los que se unen en la ofrenda

redentora. Pero por otra parte, no es posible separar la compasión maternal de la participación en la victoria de Cristo resucitado.

Operar esta separación sería ignorar la predominio de la resurrección sobre la muerte. Para subrayar este predominio, Jesús siempre añadió la predicción de su pasión y de su muerte, el anuncio de su resurrección. En el plan del Padre, la glorificación de Cristo es el fin que da significado justo al camino **doloroso**. La religión cristiana puede definirse religión de la cruz, pero es más exacto todavía calificar la religión de la resurrección..

En el culto, el apogeo de la celebración litúrgica no es el viernes santo sino la fiesta de Pascua.

La importancia de la resurrección ilumina el predominio de la vida sobre la muerte. **Por parte de su maternidad**, María era portadora de vida. Par la

Jesús nos ama y viene en ayuda de nuestra fragilidad.
Por eso invita a Tomás a que "verifique" que ha resucitado verdaderamente, como lo había dicho.
[Cristo y Tomás, pintura de López de Arteaga]

resurrección de Cristo, una vida superior se da a la humanidad.

Esta vida, que triunfa de la muerte, está animado por el amor. Un aspecto destacable de las apariciones del Señor resucitado es la humildad del que aparece. Hubiera podido manifestar su victoria con más ruido. Hubiera podido aparecerse a sus enemigos que lo habían llevado al suplicio de la cruz y tomar su revancha viéndolos humillados. No ha querido obtener satisfacciones de este género. Jesús sólo ha mostrado su rostro de resucitado a los que estaban dispuestos a creerlo. Demostraba así que su victoria era **la victoria del amor.**

Debía luchar para que sus discípulos admitieran el hecho de su resurrección, pero en esta lucha el permanecía paciente y acogedor. La humildad que había animado su obediencia al Padre en la aceptación y en la ofrenda del sacrificio perseveraba en el triunfo personal que conducía la humanidad hacia una vida nueva.

María apreciaba particularmente este acento puesto en la Victoria del amor. Por una parte, se alegraba enormemente por el acontecimiento que había liberado definitivamente a Jesús de la prueba y le había asegurado la soberanía sobre la reino de la muerte. Por otra parte, ella esperaba que su Hijo,

Por la seducción de su amor, pueda atraer y ganar todos los corazones.

Íntimamente asociada a la obra de salvación, María quería contribuir a la difusión de la nueva vida que nacía de Cristo resucitado. Siguiendo la orientación de la victoria vista como una victoria del amor, colocaba toda su confianza en la seducción misteriosa ejercida por el Salvador. Esta confianza podía encontrar un apoyo particular en una declaración de Jesús que después de la resurrección adquirió todo su valor: *"Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos los hombres a mi"* (Jn 12,32).

El evangelista observa que Jesús hace así alusión a su muerte:

Habría sido elevado en la cruz. Pero «ser elevado de la tierra » podía también referirse a la elevación gloriosa que se produciría en la resurrección. Jesús contemplaba con una sola mirada profética las dos elevaciones: a través de la elevación sobre la cruz, la elevación celeste. En esta elevación dolorosa y gloriosa, habría atraído a todos los hombres.

De la resurrección a la ascensión

Los 40 días que van de la resurrección de Jesús a la Ascensión constituyen un período especial, que comportan numerosas intervenciones del resucitado que confirman su presencia junto a sus discípulos.

Podemos hablar de numerosas intervenciones porque Jesús aparece a muchas personas y en lugares diferentes, sin que poseamos informaciones precisas sobre estas apariciones.

"a más de 500 hermanos a la vez: la mayoría entre ellos están todavía en vida, mientras que otros han muerto"(1 Corintios 15,6). Algunas veces Jesús tomaba una comida con sus discípulos. En su enseñanza, hablaba del reino de Dios que quería instituir en tierra.

No sabemos si, tras u primera aparición en la mañana de la resurrección, Jesús se apareció otras veces a su madre. Pero es posible que María haya tenido otras apariciones que concernían

A otras personas. Si fuera el caso, una nueva alegría se daba a la madre del Resucitado, que no necesitaba para sostener su propia fe, pero que veía con gran placer su Hijo.

Es seguro que las mujeres cercanas a María no han omitido de reportarle detalles sobre los encuentros con Jesús y con palabras que pronunció. El período de los 40 días permitió a María apreciar más intensamente la alegría y la paz que venían del nuevo estado de Cristo resucitado.

Como Jesús, en sus apariciones, hablaba del reino de Dios para introducir a sus discípulos en el misterio de la futura Iglesia, María se sentía particularmente

comprometida en la nueva etapa que formaba parte de su misión maternal. La preparación a la institución del reino significaba también la partida inminente de Jesús de la tierra. Ya en la última cena, el Maestro había anunciado que para enviar al Espíritu Santo, debía irse: el Espíritu habría tenido la tarea de fundar el reino en la tierra**, el nacimiento de la Iglesia**.

Este anuncio había suscitado un sentimiento de tristeza en los apóstoles: deseaban guardar la presencia de Jesús en medio de ellos, una presencia concreta, visible que había hecho la alegría cuando acompañaban al Maestro en su misión.

María habría podido también ser afectada de tristeza al constatar que Jesús preparaba su salida. Tras haber encontrado la presencia de su hijo por la resurrección, debía consentir en perder esta presencia en una partida que parecía definitivo. Pero era una exigencia del plan divino y María lo había aceptado siempre integralmente.

Esta vez, lo aceptaba todavía más fácilmente, porque poseía en su corazón la vida nueva de la resurrección, la alegría y la paz que no podían desaparecer de su existencia.